



HABBAKUK
CIENTÍFICOS EN EL DÍA D

Vicente Pallás

HABBAKUK
CIENTÍFICOS EN EL DÍA D



Primera edición: junio de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Vicente Pallás

© Diseño de portada: Alberto Navarro Valdecabres

ISBN: 978-84-18828-08-9

ISBN digital: 978-84-18828-09-6

Depósito legal: M-18205-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Marisol.
A Edu y Robert.

Los austriacos hemos convencido al mundo
de que Beethoven era austriaco y que Hitler era alemán

BILLY WILDER

ÍNDICE

1. LA HISTORIA QUÍMICA DE UNA VELA	13
2. EL COCODRILO.....	19
3. EILEEN	23
4. LA TEORÍA Y EL CAMARERO.....	27
5. LA PEPSINA	31
6. MARGARET.....	39
7. MAX.....	45
8. LA DEFENSA CIVIL.....	51
9. SOLLY	57
10. <i>LADY JOAN</i>	65
11. LOS MONOS	69
12. PYKE.....	77
13. HABBAKUK	83
14. EL REENCUENTRO.....	87
15. <i>LORD MOUNTBATTEN</i>	99
16. EL <i>PYKRETE</i>	107
17. ÁFRICA Y ORIENTE MEDIO	115
18. LA BELLEZA DE LA VIDA.....	125
19. CANADÁ	129
20. SICILIA.....	137
21. QUINCE PISOS.....	147
22. QUEEN MARY.....	153
23. PASAPORTE AZUL.....	163
24. TURBA Y ARCILLA.....	169
25. EL PLAN DE UN BIÓLOGO.....	177

26. PUJOL.....	185
27. EL DÍA D.....	191
28. TUBERÍAS DE GRAN CALIBRE	201
29. COLONIA.....	207
30. BIRMANIA	213
31. UN FUERTE DOLOR DE CABEZA	221
32. ¡LO HAS CONSEGUIDO!.....	225
33. MALDITO CABRÓN.....	229
34. PICASSO	235
35. LO DEBERÍAMOS HABER COMPARTIDO	241
36. MALDITOS BASTARDOS	247
EPÍLOGO Y BIBLIOGRAFÍA	253

1.

LA HISTORIA QUÍMICA DE UNA VELA

La luz de los rayos, de lo que todavía era una tormenta seca, iluminaba a golpes casi periódicos el oscuro pasillo de suelo de madera, a tramos abombado, de la vieja universidad.

—¡Vamos a darle su merecido a ese rojo de mierda! ¡Se va a enterar de una vez! —tres jóvenes completamente fuera de sus casillas y con alguna cerveza de más caminaban portando un bate de béisbol y los puños apretados dispuestos a darle una lección al profesor.

—¡Es allí!, ¡al final del pasillo, donde se ve la luz! —gritaba el que parecía ser el líder del grupo.

Su ira aumentaba a la vez que su indiscreción, aunque, por fortuna para ellos, solo un profesor estaba trabajando a esas horas. John Desmond Bernal estaba sentado en su despacho de la Universidad de Cambridge absorto frente a unos papeles que contenían una infinidad de fórmulas matemáticas y otros muchos con unos puntos oscuros concéntricos a modo de dianas que los científicos de la época los conocían con un nombre incomprensible para los demás, mapas de difracción de rayos X, y que servían para resolver las estructuras de diferentes moléculas. El profesor Bernal era conocido entre sus más allegados como *Des* y entre la comunidad científica como *el Sabio* por su conocimiento enciclopédico

no solo de temas relacionados con la ciencia. Era un apasionado lector y dominaba temas tan dispares como la arqueología, la religión, la historia o la filosofía. Desmond pasó gran parte de su infancia en una pequeña granja irlandesa regentada por su padre Samuel Bernal. De su madre, Bessi, californiana de nacimiento, había heredado un exquisito gusto por el arte y por la curiosidad de las cosas. «Cuéntame cosas», le solía decir de pequeño. Su madre había viajado de California a Europa varias veces en su juventud para conocer el arte renacentista de Italia y había visitado Francia, Alemania y Bélgica. En uno de esos viajes europeos, en una playa francesa de mar traicionero, viéndose incapaz de salir del agua, empezó a hacer señales con las manos que reflejaban claramente que no podría salir por sí sola; sus fuerzas empezaban a flaquear de tal forma que casi estaba en el punto que uno se deja ir y se abandona a un destino incierto. Samuel Bernal se encontraba paseando con un amigo por la arena cuando divisaron los brazos con movimiento involuntario de aquella pobre chica. No se lo pensaron dos veces y acudieron a liberarla de los remolinos que la estaban engullendo. Así es como los padres de Desmond se conocieron, o al menos así es como se lo contó su madre.

Los ancestros de Bernal eran judíos sefardíes que tuvieron que salir por piernas de Córdoba cuando a dos de ellos los quemaron en la hoguera perseguidos por la Inquisición. Una rama de los Bernal se estableció en Holanda y otra en Inglaterra e Irlanda, de donde provenía la familia de su padre. De su padre había heredado un físico envidiable que en su juventud había aprovechado para hacer sus pinitos en boxeo con bastante éxito. Aquello ya lo había olvidado, pero su corpulencia y su buen parecer los explotaría el resto de sus días.

Cuando oyó cada vez más cerca esos gritos, ya no tenía ninguna duda de que venían a por él. Ese alboroto era algo inusual dentro de los edificios de la universidad, por lo que desde el primer instante había captado su atención. Ya los tenía a pocos metros de la puerta. Por las diferentes voces y tonos, ya sabía que eran cuatro.

Instintivamente, apagó la luz, se puso en pie y se parapetó al lado de un armario donde guardaba su maltrecha gabardina y un viejo paraguas que apenas cumplía su función. Fue un acto reflejo, quizá consecuencia de sus años de competición en el boxeo, porque no acababa de creerse que verdaderamente fueran a por él. Pero no había nadie más en todo el ala del edificio. Los cuatro estudiantes entraron maldiciendo su nombre y tratando de repartir palos en medio de una oscuridad a la que las pupilas de Desmond ya se habían adaptado. Los estudiantes cometieron el error de entrar fumando, así que a Desmond le resultó fácil localizarlos al instante por la punta rojiza del quemar de sus cigarrillos. Uno de ellos había ido directo hacia la mesa y golpeado su bate violentamente contra ella al tiempo que le maldecía con adjetivos del estilo *asqueroso comunista*. A otros dos, que todavía no habían reaccionado, Desmond les agarró sus cabezas por detrás y les propinó un buen golpe del que salieron bastante aturdidos. Al cuarto, que apenas había entrado todavía, y a la vista de las circunstancias había decidido no hacerlo, le asestó un codazo en el estómago casi sin volverse que lo dejó buscando el poco aire de la habitación, como hacen los peces cuando salen del agua. Después de agacharse y esquivar el bate del primero que había entrado, le dio un buen gancho de derechas que lo dejó tumbado sobre la mesa. Ya se habían dado cuenta de que saldrían malparados. Al percatarse de cómo estaba transcurriendo la situación, los otros tres estudiantes echaron a correr, todavía con los efectos de los certeros golpes que Desmond les había propinado. Desmond agarró con las dos manos el cuello de la camisa del que había quedado en la oficina exigiéndole alguna explicación y cuando comprobó que no tendría más de 18 años lo dejó salir. Se quedó pensativo unos momentos reflexionando sobre lo que había pasado. Apesadumbrado. No podía creerse que unos niñatos hubieran venido a por él. ¿Los mandaba alguien? ¿Venían por propia iniciativa? Y si fuera así, ¿cuál era el motivo?

Desmond era una persona comprometida con los problemas sociales de la juventud y de la clase obrera. Tenía fama de ser un

radical de izquierdas, pero jamás había puesto la mano encima a nadie excepto en sus habituales combates de boxeo de su época juvenil. Había recibido una educación jesuita en la escuela primaria donde se había impregnado de los principios de compasión y caridad que procesaba esa orden religiosa y que no abandonaría nunca. Su madre, preocupada por la excesiva influencia del carácter religioso de su educación, decidió llevarlo a una escuela pública en Bedford que, a diferencia de otras muchas, tenía un programa de ciencias muy reconocido. Desmond ya había despuntado como estudiante en ciencias desde muy pequeño hasta tal punto que su madre tuvo que llegar a un acuerdo con él para que no hiciera experimentos en casa. Esa decisión no había sido caprichosa. A los siete años, Desmond había leído un pequeño escrito para niños de Michel Faraday, uno de los mejores físico-químicos de todos los tiempos, resultado de varias conferencias que había dado sobre «La historia química de una vela». En esos escritos, Faraday describía cómo producir gas hidrógeno mezclando zinc granulado con ácido sulfúrico diluido en un matraz. Desmond no tenía ni idea de que significaban esos términos químicos, pero convenció a su madre para que los encargara en la droguería local sin que esta supiera lo que estaba comprando. Como matraz utilizó una botella de vino que encontró en la despensa y la vació convenientemente. Mezcló los ingredientes en un tocón del árbol situado en el jardín de su casa y desilusionado comprobó que no ocurría nada. Hacía frío y empezaba a oscurecer. Su madre, Bessi, le llamó para que tomara algo antes de irse a dormir. Desde la ventana de su habitación, miró una vez más por si pasaba algo, pero todo seguía inerte. Volvió a salir. La noche era oscura. No se veía ya nada, así que agarró una caja de cerillas y se acercó al tocón del árbol. Encendió para ver si se había producido alguna reacción. Una llamarada explosiva a punto estuvo de quemarle la cara. Por fortuna, la esquivó y volvió entre decepcionado y apesadumbrado a su cuarto.

No era la primera vez que su curiosidad le había llevado a situaciones complicadas para él o para su familia. Desde muy pequeño,

había sentido una atracción casi enfermiza sobre las explicaciones físicas de las cosas. Cuando Desmond tenía siete años, su hermana pequeña Geraldine, a la que todo el mundo llamada *Gigi*, se clavó en la rodilla una aguja de coser con tan mala suerte que, despavorida por el dolor, cayó sobre el suelo y la aguja se partió quedando un buen trozo dentro de su piel. Samuel, su padre, la cogió rápidamente para llevarla al Hospital Limerick para que se la extrajeran. Cuando volvieron por la tarde, le comentaron a Desmond que le tuvieron que hacer una fotografía de rayos X para ver exactamente dónde estaba ubicada la aguja. Desmond no había oído hablar de los rayos X nunca. Su imaginación le llevó a pensar que se debía tratar de una especie de luz intensa que iluminaría las estructuras que estaban debajo de la piel. La luz más intensa que tenía en su cuarto era una luz de parafina que utilizaba para leer en la cama. Cogió dos libros que tenía a mano y dispuso uno abierto de par en par para que reflejase la luz y otro lo sujetó enfrente para aumentar la reflexión de la luz. En el pequeño hueco entre los dos libros, puso la mano que le quedaba libre para comprobar si al menos se podían intuir los huesos de sus dedos. Movía alejando y acercando uno de los libros para ver si tenía algún efecto y en uno de esos movimientos golpeó la lámpara de cristal cayendo al suelo y haciéndose trizas. El aceite de la lámpara empezó a derramarse provocando un pequeño conato de incendio. Al momento oyó a su padre subir las escaleras. «¿Qué has hecho esta vez, Desmond?». Apenas terminó la frase, entraba en su cuarto y ya no necesitaba respuesta. La curiosidad de Desmond le costó unos cuantos palos.

2.

EL COCODRILO

A la mañana siguiente del incidente con los supuestos estudiantes, Desmond tenía una importante entrevista para acceder a una plaza de profesor interino en el Departamento de Cristalografía que en ese momento estaba dirigido por lord Rutherford, el descubridor del núcleo atómico, al que había definido como una *mosca* en el interior de la *catedral del átomo*, y toda una institución en el mundo científico de la época. Rutherford había recibido el Premio Nobel de Química solo unos años antes. «¡Y yo que me creía físico!», exclamó el día que se lo comunicaron. Sus colegas le llamaban *el cocodrilo*, debido a su fuerte carácter. Era conocida entre sus más allegados la anécdota que ocurrió entre Rutherford y uno de sus estudiantes más trabajadores. Saliendo mucho después de anochecer de su laboratorio, una tarde se encontró con este estudiante incansable.

—¿También trabajas por las mañanas? —le preguntó al despedirse.

—Sí, señor —respondió muy ilusionado.

—Pero entonces, ¿cuándo piensas? —le contestó casi de manera recriminatoria. Lord Rutherford buscaba a un investigador diferente, alguien que pensara y motivara.

Esa mañana, Desmond se levantó algo alicaído y preocupado. No dejaba de pensar cuál podría ser el motivo que había llevado a esos jóvenes a agredirlo físicamente. Él, ¡que tenía un especial compromiso con la clase trabajadora y con el futuro de los jóve-

nes! Desmond se había convertido al socialismo en sus años de juventud, de la mano de H. Douglas Dickinson, quien había recaído en Cambridge para estudiar Economía y era un experto en la génesis, implicaciones y consecuencias de la Revolución Industrial. La conversión al socialismo de Bernal se produjo, tal como él lo recordaba, en la habitación de Dickinson el 7 de noviembre de 1919, con apenas 18 años y tras largas horas de disertación por parte del economista. Aquello supuso casi una revelación. «¿Por qué nadie me lo había explicado esto antes?», escribió en su diario más tarde. Con una reverencia casi infantil, Desmond decidió, después de aquellas conversaciones y argumentos, que «el socialismo era algo maravilloso», que el marxismo y el gran experimento ruso eran algo por lo que valía la pena luchar para formar un Estado científico y social.

Dickinson era el secretario de la Sociedad Socialista Universitaria y había encontrado en Desmond un nuevo valedor de la causa con una gran capacidad de persuasión y de oratoria, así que, a la mañana siguiente de esa conversión al socialismo, ya le estaba invitando a dar una conferencia en un debate sobre el trabajo que él estaba organizando. Desmond no le defraudó. Su oratoria, su argumentación, frases concatenadas acompañadas por movimientos de sus manos precisos y contundentes y una presencia cautivadora hacían de Desmond un líder al que casi reverenciar. Pronto se convirtió en un referente y fundó el Consejo Antigüerra de Cambridge (CSAWG), del cual fue presidente durante muchos años. El consejo estaba compuesto mayoritariamente por científicos e intelectuales británicos sensibilizados por la situación de la guerra que había estallado en España y por la percepción de que, si ganaba el fascismo en ese país, pronto caerían otros Gobiernos centroeuropeos. Aunque la mayoría de los integrantes del CSAWG eran profesores universitarios, también pertenecían a él algunos estudiantes preocupados por el avance del fascismo. Uno de ellos era Maurice Wilkins, un estudiante aventajado de Física, alto, marcadamente miope, algo tímido y

reservado que idolatraba a Desmond, aunque a veces criticara su manera peculiar de dar las clases.

Desmond daba clases de Física avanzada en la biblioteca del departamento a un grupo reducido de estudiantes. Muy a menudo llegaba tarde. En lugar de seguir un temario, Desmond ojeaba varios libros de la estantería. De manera brusca, al cabo de varios minutos, elegía uno de ellos y decía: «Hoy vamos a hablar de...» y daba una disertación sobre un tema de física o cristalografía que no estaba previsto. A pesar de ello, Maurice Wilkins le tenía un respeto reverencial. Además, comulgaba con sus ideas sobre la función social de la ciencia y pronto se incorporó al CSAWG, donde solicitó que le asignaran alguna tarea útil contra la guerra fascista. Desmond había leído en las noticias que llegaban de España que el ejército sublevado estaba utilizando bombas incendiarias que le habían proporcionado los alemanes y que estaban causando estragos al caer sobre los techos de los edificios y propagarse el fuego hacia la base de los mismos. Desmond, a través de un intermediario, encargó a Maurice que comprobara si eso era cierto o era una propaganda más del ejército fascista. Maurice utilizó bombas de magnesio con un agente oxidante y las experimentó a pequeña escala en el jardín de la casa de un miembro del CSAWG. Su conclusión fue que ese tipo de bombas no podían ocasionar un fuego destructor sobre la base de los edificios y, por tanto, que ese tipo de noticias eran completamente falsas.

